
Sí -dijo ella, y miró blandamente hacia la noche como si toda la impaciencia de un invierno se hubiese disuelto en sus ojos. Pensé en el rey Cophetua y en esa joven y maciza mendiga observando un tapiz invisible, y me dispuse a esperar, de su pecho apoyado en la ventana, la misma entrega melancólica. Vislumbré en su nuca una piel expectante, y en el cristal plomado, el reflejo de su rostro, y no creí saber cuál era el verdadero. No lo supe. Me levanté, dejando caer sobre la alfombra un copo de ceniza, y con celosa lentitud de ciego abrí la puerta.

*L*OS ESPACIOS INFINITOS

No hay memoria en los espacios infinitos, por eso penetramos en ellos con satisfacción, pues no hay saber o tiempo que pueda ser nombrado.

Es la ausencia de esos órdenes lo que impulsa el placer de las palabras; discursos que no cobran su sentido en el temor o en la humildad, sino en la dura inocencia de concebir un nombre de lo eterno.

Cuando acudimos, pavorosos, a lo desconocido, ese pavor no tiene causa en la ignorancia, sino en la apariencia y el deseo de un conocimiento.

O cuando elogiamos la amplitud de los espacios, lo hacemos en la imagen de un pensamiento puro sobre un paisaje puro, o tal vez porque alejan el cansancio de algún lugar menor.

Solo, en la noche del océano, y rodeado de nada, salvo de estrellas que hacían esa nada más profunda, yo creí descubrir el infinito en la repetición del agua y en la disolución de las fronteras de un país;

y también en la discreta vastedad del mar de Atami, visto bajo la lluvia y desde la colina, donde la espuma se confunde con la niebla, la niebla con las nubes y las nubes con el cielo.

Pero aquello que llamamos infinito, no es la vastedad ni la naturaleza: al contemplar, sentado en la veranda, el pequeño jardín del Ryoan-ji,

de cuyas piedras dispuestas sobre la arena rastrillada, siempre hay una invisible, pude sentir la misma infinitud;

y hace ya muchos años, en la sombra y en la lluvia de una habitación de invierno, recogida sobre sus troncos rugosos, más allá de la fruición o la melancolía.

No hubo entonces ningún conocimiento, como tampoco lo hubo en la noche del océano, ni en el mar de Atami, ni en las simulaciones de mi imaginación; aun ahora no tendría una palabra.

Porque no existen en verdad espacios infinitos más que en la ilusión de nuestra diferencia; sólo algo semejante a un vacío de memoria, cierta naturalidad inexplicable para Dios o para el hombre.